

39. Contábanse veintidos Obispos del partido de Arrio, entre los cuales hacian el primer papel los dos Eusebios, Paulino de Tiro, Menofanto de Éfeso; y los mas célebres por su obstinacion ó desvergüenza en la impiedad eran Accio de Lida, Segundo de Ptolemaida en Libia, Teonas de Marmarica, y Teognis de Nicea. Aun habia algunos que hacian lo posible para ocultar sus errores en este número de Arrianos, que era tan corto en comparacion de los ortodoxos.

Se dió entrada en el Concilio además de los Obispos, no solo á Sacerdotes y Diáconos, sino tambien á varios legos escelentes lógicos y muy versados en las sagradas letras: aunque es verdad que no tenían voto en las deliberaciones, y solo habian concurrido para ayudar á los jueces de la fe, ó los Obispos, á confundir las sutilezas heréticas.

Lo primero que hicieron reunidos ya todos los Padres, fue tributar á Dios en comun rendidas gracias por el singular beneficio de la paz que acababa de conceder á la Iglesia; y pidieron al Espíritu Santo que iluminase á todo el mundo por medio del concurso de los verdaderos depositarios de la doctrina apostólica. No se habia visto una asamblea tan venerable desde que el mundo era mundo; pues un solo templo encerraba en su recinto lo mas virtuoso, lo mas docto, y lo mas verdaderamente apreciable que habia en la Asia, la Europa y la África. Contribuyó el Emperador por su parte á hacerla mas ostentosa, yendo desde Nicomedia á Nicea luego que supo la llegada de los Prelados; pues tenia los mas vivos deseos

de ver aquella compañía de Pontífices santos, que por el ardor y pureza de su fe, por la sublimidad de su ciencia y la santa elevacion de sus pensamientos, y aun algunos de ellos por la gloria de sus milagros, representaban tan dignamente á los primeros discipulos del Hijo de Dios. Deseaba asimismo, y por los motivos mas santos, la paz y la union de los que eran de diversas opiniones: pues si como Señor temporal recelaba que las disputas sobre la Religion babian de alterar la paz del Imperio, despues de fermentados los ánimos, temia mucho mas en calidad de Príncipe Cristiano que el escándalo de esta division habia de servir de óbice para la conversion de los infieles que era el fin de todo su anhelo. Deseaban los Padres por su parte con iguales ansias estender la gloria del Señor, y esperaban lograrlo de su bondad omnipotente, despues del prodigio que acababa de hacer poniendo bajo el yugo de Jesucristo toda la grandeza y orgullo de los Césares.

El dia señalado para la sesion pública y solemne era el 19 de Junio de este año 325. Siempre en aquellos primeros Concilios habia una sesion principal, en la que debia tratarse del objeto directo de la dificultad; y este dia duraba mucho tiempo la asamblea. Principiaba á las ocho ó nueve de la mañana, tomando los Padres algun alimento antes de entrar, y comunmente concluía con el dia; y muchas veces, aun en los dias mas largos del estío, salian con luz artificial (1). Reuníanse antes de este dia decisivo los vo-

(1) Sozom. lib. 1. hist. cap. 17.

cales, para aclarar y preparar las materias; y así hubo en Nicea varias conferencias en las cuales se trataron los puntos de doctrina, y á muchas de ellas se mandó entrar á Arrio con sus defensores.

40. Este atrevido no ocultó su modo de opinar, y dijo francamente que el Hijo de Dios habia sido criado de la nada; que no habia existido siempre; que por su naturaleza era mudable; y que por su libre albedrío habia querido permanecer bueno, pudiendo igualmente abrazar el partido del vicio: por fin que era una criatura y obra de Dios. Y usando de palabras de blasfemia y de comparaciones sacrílegas, añadía que el Hijo de Dios era enteramente extraño al Padre respecto á la substancia; que no era el Verbo, ó la propia Sabiduría, ni la virtud natural y verdadera; y que la sagrada Escritura le atribuye este nombre, no de otra manera que lo da á las orugas y á las abispas. Lejos de estremecerse los Obispos protectores del heresiarca, le oían friamente proferir estos horrores.

Mas todos los demás se tapaban los oídos y temian hacerse cómplices del blasfemo, con el mero hecho de escucharle. Mostróse una indignacion repentina en los rostros de todos en general: muchos de ellos con el objeto de sufocar mas pronto la impiedad, la quisieron condenar universalmente y sin mas exámen, clamando que se atenian á la fe recibida desde el principio, perpetuada por la tradicion. Pero otros les representaron que nada debian hacer sin que precediese la deliberacion y el mas maduro exámen: por

lo que varios Obispos sabios y teólogos profundos refutaron con el mayor vigor las novedades impías, fundándose en los libros santos, los escritos de los primeros Padres, y en las reglas de la mas sana lógica. Empero ninguno se distinguió tanto en esta grande obra como el Diácono Atanasio.

41. El Patriarca de Alejandría juzgó que este sujeto, á pesar de sus pocos años, era capaz de contrarrestar á los mas obstinados sectarios; y el resultado mostró que no anduvo errado en su prediccion. Fue la admiracion de toda la Iglesia, aunque no tenia treinta años cumplidos; sus eminentes talentos cultivados con una escelente educacion, un espíritu vasto, sublime, mucha viveza y penetracion, una erudicion increíble en todas materias, bien que sin ostentarla; un valor heroico y superior á todos los trabajos, como á todos los peligros; un amor á la Iglesia cual jamás lo tuvieron Griegos ni Romanos; una actividad y destreza sin egemplo en los negocios; un tino y una penetracion singulares para encontrar recursos, cuando parecia que todos estaban agotados: todas estas eran cualidades que establecian una justa proporcion entre este Doctor esclarecido y el encargo que tuvo tan alto y tan difícil de defender la fe en el ataque mas violento que acaso padeció jamás. Su prudencia era incomparable sobre todo; pues los enemigos envidiosos que le observaban de continuo, nunca tuvieron la satisfaccion de verle dar un paso torcido: y así como tuvo tanta proteccion por su medio la buena causa, así como alcanzó unir entre sí á los

ortodoxos, y mantener correspondencias provechosas; así igualmente supo sacar partido de los ánimos mas indiferentes, y de aquellos amigos indolentes que son á las veces mas nocivos que los mismos enemigos. Parece por otro lado que leía en el fondo de los corazones; los fieles estaban persuadidos de que Dios le revelaba los intentos de sus contrarios; y estos le acusaban de que los penetraba por los secretos de la magia. Mas su piedad noble y sencilla, tal como el Evangelio la requiere, y los dones con que el Espíritu Santo habia hermeseado su alma, sobrepujaban en él á los de la naturaleza. No tenia otro objeto que Dios y su Iglesia, cuyos intereses y los suyos fueron inseparables en cincuenta años de combates continuos, que haciendo titubear á una multitud de Obispos, fueron para él una larga serie de triunfos. Hizo temblar á sus perseguidores desde el fondo de las grutas y de los sepulcros en donde se vió precisado muchas veces á ocultarse, por mas apoyo que hallasen en el poder imperial. A pesar de esto, su exterior no era muy recomendable; porque era pequeño y de menos que mediana presencia; mas la grandeza y magnanimidad de su alma se veían en sus ojos y en la inmutable tranquilidad de su rostro. En fin, su afebilidad en el trato, su complacencia y natural alegría le captaban las voluntades de todos. Escitó la admiración general desde que se presentó en Nicéa, tanto por lo profundo de su doctrina, como por la elocuencia eficaz que arrebatava, dirigiéndose siempre al fin con una rapidéz que apenas conocian los Orien-

tales. Despreciando los respetos humanos, hizo frente á Eusebio de Nicomedia, el hombre mas altivo de su siglo, cortesano antiguo y astuto, que cuando favorecia queria muchos obsequios, y cuando se declaraba enemigo se encarnizaba cruelmente. No nos admiremos pues que los Arrianos principiassen á temer desde entonces á Atanasio como á su mas terrible antagonista; mientras los fieles le miraban como un sostén invencible de la fe Católica.

42. Cerca de un mes antes de la sesion pública y solemne del Concilio, se habia trasladado el Emperador á Nicéa. Presentaron memoriales quejándose de sus colegas segun se cree varios Obispos Arrianos, él los recibió con un aire serio é indiferente; hizolos atar todos juntos despues de sellarlos, y mandó que se los guardasen hasta cierto dia en que pudiera leerlos. Aplicóse en este tiempo con toda la indulgencia y dulce actividad de un ángel de paz á reunir los ánimos y disipar las sombras de la disension; por fin mandó le trajesen los memoriales y los entregó á las llamas ante los Obispos, asegurándoles que ni uno siquiera habia leído ⁽¹⁾. *Solo toca á Dios el condenaros ó absolveros*, les dijo al mismo tiempo; *respeto á mí, que no soy mas que un hombre, sin carácter en el orden de las cosas santas no me entrometeré á juzgar á los mismos que él estableció en lugar suyo, para juzgarnos á nosotros*. Exhortóles despues con las palabras mas enérgicas á perdonarse los unos á los otros, y sobre todo á no dar publicidad á sus resen-

(1) *Cod. Theod. lib. 1. cap. 3. Rufin. lib. 1. cap. 2.*

timientos para que los pueblos no se escandalizasen: añadiendo por fin, que si viera por sus propios ojos á un Obispo que cometia una falta vergonzosa, al punto le cubriria con su púrpura para ponerle al abrigo de la malignidad pública.

43. El Emperador quiso tambien que los Padres se reuniesen en el palacio imperial con la magestad que convenia al estado de la Iglesia, libre ya de la servidumbre, y protegida por el Soberano del mundo. Pusiéronse por ambos lados unas largas filas de bancos para todas las personas que habian de tener lugar en el Concilio segun su órden en la sala mayor del palacio de Nicéa, y en el medio se alzaba un trono ricamente adornado, en el que se puso el libro de la sagrada Escritura, como representando al Espíritu Santo que la habia dictado, é iba á interpretarla por el órgano de los Pastores á quienes prometiera su perpetua asistencia.

44. Despues que la grande y humilde fe del Emperador reconoció con edificacion de todos que no tenia autoridad alguna en esta clase de juicios, no se trató de señalarle lugar distinguido, ni se pudo hacerle aceptar otro asiento que el de una silla pequeña colocada separadamente en una de las estremidades de la sala, señalada solo por la riqueza de su materia, que era de oro. Mas esta misma humildad aumentó el respeto en los Padres del Concilio alzándose todos á su entrada con silencio profundo, y mostrando una alegría religiosa (1). Entró en la sala sin

(1) *Euseb. in vit. Const. M. lib. 1. cap. 2.*

guardias, acompañado únicamente de algunos de sus Ministros que eran Cristianos. La hermosura de su tez que á los cincuenta años conservaba todas las gracias de la juventud, un personal agradable, unos ojos en extremo vivos, un porte magestuoso, y su estatura mayor que la de todos los que le rodeaban, eran todas circunstancias que daban á conocer desde luego al Soberano de aquella augusta y crecida asamblea. Estaba llena de oro y piedras de valor la púrpura que vestia: él tenia los ojos bajos con una singular modestia, y se notaba en su semblante un humilde rubor que daba de él una idea mucho mejor en aquel congreso compuesto casi todo de Santos, que todo el fausto de la grandeza y soberanía. Así que llegó al lugar destinado permaneció en pie, y no se sentó hasta que los Padres le instaron por señas á que lo hiciese; y despues les mandó sentar á todos.

Uno de los principales Prelados de la asamblea que entonces estaba en el primer asiento del lado derecho y cuyo nombre se ignora de cierto, se levantó y felicitó al Príncipe por todos los beneficios que habia recibido de la mano del Señor, rogándole al propio tiempo que continuase haciendo uso de los favores divinos para la prosperidad de la Iglesia. Despues de haber reflexionado algunos momentos, respondió Constantino, que miraba como una de las mayores gracias del cielo la dicha de estar entre tantos escelsos varones, que no tenia duda de que por su medio iban inmediatamente á tener fin las funestas disensiones que habian avivado las esperanzas de

los enemigos del cristianismo, ni de que unos hombres tan eminentes en virtud y sabiduría reunirían sus esfuerzos para esterminar enteramente el monstruo de la idolatría. Pronunció el Emperador su discurso en lengua romana ó latina, por sostener la magestad del imperio Romano; mas al instante lo vertieron al griego para la inteligencia de muchos Padres que siendo Orientales lo entendían mejor que el latín.

45. Acabado el discurso examinaron los Obispos la cuestion de fe con la atencion mas escrupulosa, y toda la libertad que el Emperador declaró que les dejaba. Arrio fue de nuevo interrogado sobre su modo de pensar, y la presencia del Emperador no fue obstáculo para que sostuviese sus primeras blasfemias. Al mismo tiempo que los Eusebianos pretendían paliar sus impiedades, proferían otras tantas tal vez mucho mayores en el fondo, como consecuencias necesarias de sus detestables principios, abriéndose según la espresion de la Escritura un nuevo abismo debajo del primer abismo. En fin ellos mismos quedaron atónitos al ver los horrores y absurdos de su sistema luego que se los pusieron á la vista; contradecíanse, y se desmentían unos á otros, y confesaban su propia vergüenza con el silencio y la confusion que cubria su rostro. Despues de haberlos confundido de este modo los ortodoxos espusieron la creencia de la Iglesia, y Constantino lo escuchaba todo con una paciencia y una dulzura inmutable, aunque la disputa fue muy viva á los principios. Comprendia con una

precision increíble los puntos esenciales de la cuestion; hacíalos presentes á unos, moderaba las proposiciones acaloradas de otros, y hablaba á todos con una bondad y una gracia que cautivaba los corazones, valiéndose para esto de la lengua griega que hablaba elegantemente. En seguida se leyó una carta de Eusebio de Nicomedia, que presentaba la heregia de un modo palmar, y manifestaba la trama de los sectarios: pero su contestó escitó tan general indignacion, que la hicieron trozos en público con vergüenza y confusion de aquel orgulloso Obispo.

Mas no por esto se intimidaron los partidarios; presentaron una confesion de fe dispuesta, según se dice, por Eusebio de Cesaréa, que era mas moderado que el de Nicomedia, y disminuía mucho las blasfemias de Arrio. Pero se halló que estaba defectuosa, porque no esplicaba claramente la generacion eterna del Verbo; y así se suscitó en el Concilio un susurro, que paró en clamar todos los Padres, que estaba conocida la perfidia y dobléz con que procedían los sectarios. Preguntóse pues á estos, si reconocían que el Hijo de Dios es la Sabiduría eterna del Padre, inmutable, siempre subsistente en él; por fin el mismo Dios, y el Dios verdadero (1). Era la pregunta tanto mas embarazosa cuanto no habia sido prevista por los sectarios, y así permaneciendo por algun tiempo perplejos y sin contestar, se notó que hacían entre sí ciertas señas y decían algunas palabras en voz baja; mas resolviéndose despues á seguir con su ficcion é

(1) *Theodoret. lib. 8. cap. 8. et 9.*

impostura, admitieron todos aquellos atributos del Hijo de Dios, dándoles entre sí el sentido que mas les convenia.

Inspiró el Espíritu Santo á los Obispos para desvanecer todos los designios del artificio infernal la palabra *Consubstancial*, en griego *Homousion*, que tal nombradía ha tenido despues y ha sido siempre el terror y la ruina de la heregía de Arrio; porque no hay otra espresion que esplice con tanta energía y exactitud la semejanza perfecta ó la igualdad del Padre y del Hijo, relacion que no puede haber entre las Personas Divinas sin identidad de substancia. Conoció el Obispo de Nicomedia la fuerza de esta palabra mejor que nadie, lo que se habia notado claramente desde la lectura de su carta impía que se acababa de rasgar; pues se resistia en ella á dar al Hijo el epíteto de Increado, precisamente porque creyéndole tal, era necesario confesase tambien que es de la misma substancia que el Padre, ó consubstancial al Padre.

No osaron los hereges manifestar este motivo impío, pero desecharon aquella palabra con desprecio y con un tono escandaloso, diciendo que se hacia una novedad, introduciendo un término que no se encontraba en las sagradas Escrituras. Mas no fue difícil probar que el Apóstol veda en los términos solo las novedades profanas como las que ellos querian propagar, pero no las voces que se hacen necesarias para confundir los nuevos errores. No obstante se les hizo ver que la palabra consubstancial no era nueva en el lenguaje eclesiástico, y que algunos ilustres Doctores,

como San Dionisio Papa y San Dionisio de Alejandría la habian usado en el sentido de que se trataba, á saber, para asegurar que el Hijo de Dios es de la misma naturaleza que su Padre, y no obra suya. No le permitió contradecir á esta razon la erudicion de Eusebio de Cesaréa. Escluyéronse de esta palabra todas las significaciones groseras que podian presentar alguna imágen corporal, como de emanacion ó division; y el Emperador aunque poco versado en materias teológicas, entendió con todos los asistentes de buena fe que tal generacion nada tiene que no sea espiritual, sublime y adorable como la Divinidad á quien se le atribuía. Manifestóse tambien la diferencia que hay entre esta palabra tomada en el sentido católico, y la misma entendida en el sentido grosero por el que la habia desechado el Concilio de Antioquia, siendo causa de ello Pablo de Samosata, que pretendia inferir de aquí una division real y material en Dios, como la que hay entre diferentes piezas de moneda de un mismo metal: este era el indecente y monstruoso parangon que usaba aquel impío dogmatizante.

46. Osio formó el símbolo, habiendo desvanecido todas las dificultades y elegido las espresiones mas adecuadas para proponer el dogma Católico, y lo escribió Hermógenes, Obispo que fue despues de Cesaréa, en Capadocia. Decia así: „Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Criador de todas las cosas visibles é invisibles; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre, á

saber, de la substancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho; consubstancial al Padre, el que hizo todas las cosas del cielo y de la tierra, y descendió de los cielos por nosotros los hombres y por nuestra salud, se encarnó y se hizo hombre; padeció, resucitó al tercero dia, subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Tambien creemos en el Espíritu Santo. Por lo que toca á los que dicen: *hubo cierto tiempo en que no existia, y no era antes de ser engendrado, y ha sido sacado de la nada,* y los que pretenden que el Hijo de Dios es de otra hipótesis ó de otra substancia bien sea mutable ó bien alterable, la Santa Iglesia Católica y Apostólica los anatematiza.”

Esta fórmula de creencia fue firmada por todos los Obispos, á escepcion de diez y siete. Constantino que habia dejado á todos en plena libertad de decir su dictámen, y mostrado un género de indiferencia antes del juicio del Concilio, amenazó, inmediatamente despues, con su indignacion á los que permaneciesen indóciles. Tan solo cinco de ellos continuaron en serlo, esto es, los dos Africanos Teonas y Segundo, Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia, y el famoso Eusebio de Nicomedia, el que como patrono principal de la secta, quiso hacer alguna resistencia antes de rendirse. Respecto á Eusebio de Cesaréa, que era menos emprendedor y de un natural no tan resuelto, obedeció al momento y admitió el término *Consubstancial*, que con tanto calor habia refutado la

víspera. Y luego que el otro Eusebio fingió su repugnancia y vió que ni el crédito ni el favor le habian de librar de la deposicion ni del destierro, confesó por fin, que lo que acababa de llamar novedad absurda y escandalosa, no era ni lo uno ni lo otro. Los Obispos de Nicéa y de Calcedonia le imitaron y solo Segundo y Teonas insistieron en seguir las huellas del heresiarca, por lo que fueron condenados juntamente con aquel, y desterrados á la Iliria, sin que bastase todo el poder de la Princesa Constanza, su protectora, para impedir la egecucion de esta rigurosa providencia. Mas como las discusiones del Concilio no habian producido la menor mutacion en el espíritu de esta muger encaprichada é imbuida de una falsa piedad, siguió dando á los errores condenados una proteccion secreta que fue en gran parte causa de las turbulencias que tanto conmovieron la Iglesia.

Tambien se condenaron los escritos de Arrio, su persona y su Talía particularmente. Se confirmó tambien la condenacion de sus partidarios pronunciada por el Concilio de Alejandria, y entre otras la del Diácono Euzoyo, despues Obispo Arriano de Antioquia, y la de Pisto, que lo fue de Alejandria.

47. La cuestion antigua sobre el tiempo de la celebracion de la Pascua era uno de los fines del Concilio de Nicea. Celebraban siempre esta festividad las Iglesias de Siria y Mesopotamia segun el uso de los Judíos el dia catorce de la luna de Marzo, fuese ó no Domingo. Lo demás de la cristiandad la celebraba el Domingo mas inmediato al dia catorce, incluso los